

invitación a leer

Las furias ciegas

por Fausto CASTILLO

HUMBERTO CONSTANTINI, DE DIOSSES, HOMBRECITOS Y POLICIAS.—Ed. NUEVA IMAGEN.—237 pp.

Esta curiosa (en más de un sentido) novela fue premiada por La Casa de las Américas y ya se sabe que tales premios implican ideología progresista y calidad. El autor ccha una mirada a su patria, Argentina, en la que hoy por hoy los militares invocan a Dios y al anticomunismo para llenar las cárceles y uno que otro cementerio, con la conciencia en paz.

Pero no hay tal paz de conciencia y esto lo prueba la novela de un modo sumamente gracioso: lo prueba a partir de una deliberada cursilería; y de cursilería, bien podemos recordarlo, se ha acusado más de una vez a los argentinos. ¿Se desea algo más cursi?: En esa Argentina de hoy, en un bonito barrio y en una hermosa casa, se reúne un grupo de señoras, señoras y señoritas a leer poemas. Precisamente los poemas que escriben los del grupo. Jamás se habla de política y, en términos generales, ninguno de los versificadores cree que el país está pasando por una crisis, ni menos que sean ciertos los abundantes hechos de sangre. Para ellos, son exageraciones de los periódicos.

Lógicamente, estas reuniones tan puntuales, de una vez por semana, suscitan el interés de la policía militar y por medio de averiguaciones ridículas, de informes manipulados y supuestas confesiones, se le arma el grupo de inocentes lo que los gori-

las llaman "un operativo". Contado con la ironía con que lo hace el autor, uno pensaría que está exagerando la estupidez de las dictaduras militares del inefable Cono Sur. Pero no exagera nada:

La crueldad, las furibundas y exageradas represiones que sufren los ciudadanos de esos países no hacen más que indicar el peor estigma de estos regímenes: El delirio de persecución, que desde el poder se convierte en manía persecutoria. Lo que viene a decir que la sospecha, la simple calumnia, hacen las veces de "ideología extremista" para justificar los crímenes. Y ya se puede invocar a Dios y al anticomunismo, que la conciencia no quedará quieta; si quedara, sobrarían celdas en las cárceles...

Si bien el autor alude a la estupidez y a la ferocidad de la policía militar, tiene la suficiente ironía para no hacerla culpable del famoso "operativo". ¿Qué somos los hombres para los dioses? Juguetes. Y el Dios del Averno está empeñado en destruir a esos juguetes que se reúnen cada semana a recitar unos versos que deben ser decididamente malos, a fuerza de ser sus autores tan decididamente cursis. Claro que hay Dioses y Dioses: los hay a tal punto dulces que hasta se entristecen cuando recuerdan que los juguetes no pueden aspirar a la inmortalidad.

Y aquí dejamos a los Dioses, a los policías y a los hombrecitos. Y para seguirle el humor al autor, bien podemos terminar como terminaban aquellos deliciosos episodios del cine mudo. ¿Ganará el Dios malo? Sólo que el lector no tendría que esperar una semana: bastará con que siga leyendo...